

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

UN AÑO

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: un pliego de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.— Dos idem de la HISTORIA UNIVERSAL, y un cuadro, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott. En el número próximo la continuación de todas estas obras.

LA ESTRAVAGANCIA.

La estravagancia es una especie de desorden en las ideas y aun en las acciones. Tan pronto es una ligera locura como una monomanía parcial, ó como aquel orgullo que tiende á la originalidad ó procura distinguirse; hay genios fantásticos ó vanidosos que se suponen originales y no son mas que estravagantes. Diógenes tuvo sus pretensiones de originalidad, que se convirtieron en estravagancias, sucediendo lo mismo á Aristipo.

Esta disposición rara, no es mas que la movilidad instantánea del carácter, tan frecuentemente observada en los temperamentos débiles y ligeros, ya entre las mugeres, ya entre los hombres dotados de una complexión eminentemente hipocondriaca. El capricho no es locura, sino la estravagancia que tiene puntos de contacto con ella. Ciertos hombres que marcan su tendencia por la originalidad, no encuentran generalmente mas que la desigualdad si carecen de una inteligencia un tanto superior á lo común de las gentes. El hombre estravagante por carácter tiene su género de manía, que consiste en la debilidad del moral ó la del aparato nervioso cerebral que se hace susceptible de repentinas y vivas agitaciones. Siempre dominada ó tiranizada por la sensibilidad, la impresionabilidad de sus sentidos, aquella complexión delicada, está espuesta á estos extraños arranques. La muger, el niño, se precipitan con sus inclinaciones, y sucumben á las emociones antes que seguir á la sana razón.

La muger, conmoviéndose de todo con mas violencia, los choques mas insignificantes llegan á parecer dolorosos para organizaciones tan débiles. De aquí nace la ardiente curiosidad y aquel gusto tan violento por todo lo que es singular, brillante y especial; de aquí aquella necesidad de emociones, aquella exageración de sensibilidad que las precipita incesantemente hácia la conducta mas inmoderada.

Sin embargo, esta misma delicadeza de órga-

5 DE MAYO DE 1836.

nos que nos proporciona impresiones tan dominantes produce la flexibilidad, la ineptitud del tacto de las percepciones, como el microscopio aumenta el tamaño de los objetos.

Seria injusto atribuir principalmente la estravagancia únicamente á las mugeres, ó de no ver en ellas mas que los nocivos efectos de la sociedad. Diremos, por el contrario, que esta movilidad del sistema nervioso atestigua las mas brillantes cualidades. No se encontrará nunca un grau poeta, un músico sublime, un artista superior al vulgo que no esté dotado de esta esquisita sensibilidad y que no experimente de estas contracciones involuntarias. Es menester que la máquina intelectual y sensible experimente esta movilidad viva, caprichosa, que Horacio reconoce como el patrimonio del poeta y del músico; es

los héroes en todos los géneros conocidos.

Es indudable que un simple esfuerzo de un momento no basta para hacer que brillen los mas levantados pensamientos; aquellos profundos sentimientos que forman el destino de los verdaderos artistas y la vocación de los grandes genios; pero es el germen de estas producciones apasionadas.

Sin embargo, puede decirse que la estravagancia es una verdad, pues que el perfecto equilibrio de la salud es una situación tranquila, fría é imperturbable. El artista constante ó estravagante, no es mas que un enfermo febril, lleno de pasiones como el Tasso. Los poetas líricos, como los músicos, parecen ser sobre todo los mas estravagantes, los mas impresionables de los mortales.

El bien, lo mismo que el mal, pueden igualmente salir del juego desordenado de un sistema nervioso desordenado por sus caprichosas estravagancias.

DON BERNARDO DE ZUÑIGA.

I.

LA FUENTE SANTA.

Era el 25 de enero de 1492. Después de una lucha de ochocientos años contra los españoles, los moros acababan de declararse vencidos en la persona de Al-Shaghyr Abdallah, que el 6 del mismo mes, es decir el día de Reyes, había entregado la ciudad de Granada en manos de los vencedores Fernando é Isabela.

Los moros habían conquistado en dos años lo que costó ocho siglos arrancarles.

Habíase esparcido el rumor de esta victoria.

Por toda España las campanas de las iglesias la celebraban como el santo día de Pascua cuando ha resucitado nuestro Señor. Todas las voces gritaban: ¡viva Fernando! ¡viva Isabela! ¡viva Leon! ¡viva Castilla!

No era esto todo. Decíase que en aquel año de bendición en que Dios había mirado á la España cual un padre, un gran viagero se había presentado á los dos reyes y les había prometido darles un mundo desconocido que estaba seguro de encontrar caminando siempre de Oriente á occidente.

Pero esto pasaba generalmente por una fábula y el aventurero que había tomado este

compromiso y se llamaba Cristóbal Colon, era mirado como un loco. Además, las noticias de aquella época de comunicaciones difíciles no se hallaban difundidas muy positivamente sobre toda la superficie de la Península. A medida que topográficamente las provincias se alejaban de aquellas en que los moros habían concentrado su poder, y que únicamente hacia diez y nueve



Un hombre estravagante.

necesario sentirse atormentado de esta divina llama que abrasa cuando se la espera menos. Las mejores producciones del genio, aparecen de pronto por un arranque, y se ignora el por qué y el cómo. Tal es aquel verbo sagrado que profetiza el porvenir y que le ve como si se hallara presente; tal es también aquel furor inspirador de los grandes actores, no menos que de

días que Fernando é Isabela las habían libertado, así como alejándose de un centro de luz los objetos vuelven á entrar poco á poco en la obscuridad, así poco á poco las poblaciones dudaban todavía de la gran felicidad que la cristiandad había tenido, y se apresuraban alrededor de cada viagero que llegaba del teatro de la guerra á preguntarle detalles sobre aquel gran suceso.

Una de las provincias, no de las mas lejanas, pero si de las mas separadas de Granada, porque dos grandes montañas se estienden entre ella y ésta ciudad; la Estremadura, situada entre Castilla la Nueva y Portugal, que toma el nombre de su extrema posición sobre las márgenes del Duero, la Estremadura, en fin, tenía un interés tanto mayor en saber noticias, cuanto que libre de los moros desde 1240 por Fernando III de Castilla, pertenecía desde entonces á aquel reino del que Isabela, que acababa de merecer el renombre de Católica, era la heredera.

Así es que había una gran muchedumbre agolpada el día en que comienza esta historia, es decir, el 25 de enero de 1492, en el patio del castillo de Bejar, donde acababa de entrar don Bernardo de Zúñiga, tercer hijo de Pedro de Zúñiga, conde de Bañares y marqués de Ayamonte, dueño de aquel castillo.

Ninguno mejor que él podía dar noticias frescas de los moros y de los cristianos, porque caballero del ejército de Isabela había sido hecho prisionero en una de las salidas intentadas por el héroe de los árabes, Monsay-Ebn-Aby-el-Gazan, y llevado herido á la ciudad sitiada cuyas puertas no le habían sido abiertas sino el día que los cristianos habían verificado en ella su entrada.

Don Bernardo en la época que hablamos, es decir, en el momento en que despues de una ausencia de diez años volvía al paterno castillo montado en su caballo de batalla, rodeado de criados, servidores y vasallos, era un hombre de treinta y cinco á treinta y seis años, adelgazado por las fatigas, y sobre todo por las heridas, y hubiera parecido pálido si su tostado rostro por el sol de Mediodía no presentase un color bronceado que parecía hacerle compatriota y hermano de los hombres que los cristianos acababan de vencer. Esta semejanza era tanto mas exacta cuanto que, embozado como estaba en el gran manto blanco de la orden de Alcántara, un paño de este manto arrollado alrededor de su rostro para libertarse de la brisa de las montañas parecía un albornoz árabe, á no ser por la cruz verde de caballero de la santa orden que llevaba sobre el lado izquierdo del pecho.

Aquella comitiva que entraba con él en el patio del castillo le acompañaba desde su aparición en las puertas de la ciudad. Antes que se le hubiera reconocido se hubiera adivinado que aquel hombre de ojos sombríos, marcha heroica y manto mitad religioso, mitad guerrero, venía del teatro de la guerra. Informábanse de él para tener noticias. Había dicho su nombre, y había invitado á las buenas gentes á seguirle hasta el patio del castillo, y llegado allí acababa de apearse en medio de las señales de afecto y respeto universal.

Despues de haber soltado la brida de su caballo y entregádola á un escudero, habíale asimismo recomendado aquel valiente compañero de sus fatigas, que, como su amo, llevaba mas de una señal visible de la lucha que acababa de concluir.

Don Bernardo de Zúñiga subió los peldaños de la escalera que dirigía á la entrada principal del castillo. Llegado al último escalon se volvió, y contando para satisfacer la curiosidad de todos, como Fernando el Católico despues de haber conquistado treinta plazas fuertes y otras tantas ciudades, había terminado por poner sitio á Granada: como despues de un sitio largo y terrible Granada se había rendido el 25 de noviembre de 1491, y como en fin, el rey y la reina habían hecho su entrada en ella el 6 del mes de enero, día de la santa Epifanía, dejando por toda corona al sucesor del reino de Granada y de los califas de Córdoba una pequeña dotación en las Alpujarras.

Dadas estas noticias y detalles con grande alegría de los oyentes, don Bernardo entró en el castillo acompañado únicamente de sus servidores mas íntimos.

No sin grande emoción volvió á ver don Bernardo despues de diez años el interior de aquel castillo donde había pasado su infancia, y que encontraba vacío por hallarse su padre en Burgos y sus dos hermanos mayores el uno muerto y el otro en el ejército de Fernando.

Don Bernardo recorría triste y silencioso todos los aposentos. Hubiérase dicho que tenía en el fondo de su pensamiento una pregunta, y que no se atrevía á hacerla permaneciendo oculta bajo todas las demas que hacía. En fin, parándose delante del retrato de una niña de nueve á diez años, preguntó con cierta vacilación de quién era aquel retrato.

Aquel á quien dirigía esta pregunta clavó los ojos en don Bernardo antes de responder á ella.

Hubiérase dicho que no le comprendía.

—¿Este retrato? preguntó.

—Sin duda, este retrato, respondió don Bernardo con un tono mas imperativo.

—Pero señor, respondió el servidor, es el de vuestra prima Ana de Niebla. Es imposible que S. S. haya olvidado á esta jóven huérfana que ha sido educada en el castillo, y que estaba destinada para esposa de vuestro hermano mayor.

—¡Ah! es verdad, dijo don Bernardo. ¿Y qué ha sido de ella?

—Cuando vuestro hermano mayor murió en 1488, vuestro padre mandó que Ana de Niebla entrase en el convento de la Inmaculada Concepción de la orden de Calatrava, y que allí pronunciase sus votos, habiéndose casado vuestro segundo hermano y siendo vuestra señoría caballero de una orden que prescribe el celibato.

Don Bernardo arrojó un suspiro.

—Justamente, dijo.

Y no hizo mas pregunta.

Únicamente como Ana de Niebla era muy amada en el castillo de Bejar, el criado aprovechándose de que la conversacion hubiese caído sobre la jóven y rica heredera, trató de continuarla.

Pero á la primera palabra que pronunció sobre aquel objeto, don Bernardo le impuso silencio de modo que pudiese comprender que había sabido todo lo que deseaba saber.

Ademas no podía engañarse sobre las causas que habían determinado la vuelta de don Bernardo al castillo de su padre, porque tuvo cuidado desde el mismo día de su llegada de dar á conocer á todo el mundo esta causa. El castillo de Bejar se hallaba situado á dos ó tres leguas de un manantial que se llamaba la Fuente Santa, y que debía sin duda á su inmediación y vecindad al convento de la Inmaculada Concepción el privilegio de hacer milagros.

Aquella fuente, sobre todo, era maravillosa para la curación de los heridos, y ya lo hemos dicho, don Bernardo estaba todavía delgado, pálido y padeciendo de las heridas que había recibido en el sitio de Granada.

Así á la mañana siguiente resolvió don Bernardo comenzar inmediatamente su curación, que esperaba con toda fé religiosa del agua de esta fuente. El régimen era muy sencillo de seguir. Don Bernardo haría lo que hace el mas pobre villano que venía á implorar la existencia de la virgen santa, bajo cuya invocación se encuentra la fuente. Encima del manantial se levantaba una pequeña columna formada de una sola roca, y en lo alto de esta roca se levantaba una cruz. Se subía á la roca descalzo, se arrodillaba delante de la cruz, y se recitaba devotamente cinco *Padres Nuestro*, y cinco *Ave-Marias*, y se volvía á bajar siempre descalzo, bebiéndose un vaso de agua, y marchándose á su casa.

Las peregrinaciones se dividían en novenas. Al cabo de la tercera novena, es decir, al fin del día *veinte y siete* era raro el que no hubiese curado.

Á la mañana siguiente al amanecer, don Bernardo de Zúñiga se hizo traer su caballo, y como cien veces en su juventud había hecho el viage á la fuente, marchó solo para cumplir su sanatoria peregrinación.

Llegado al manantial echó pie á tierra; ató el caballo á un árbol, se descalzó y subió la roca con los pies descalzos; dijo sus cinco *Padres Nuestros* y sus cinco *Ave-Marias*, luego bebió un vaso de agua en el mismo manantial, volvió á ponerse el calzado, montó nuevamente á caballo, echó una mirada religiosa sin duda ha-

cía el convento de la Inmaculada Concepción que estaba á una legua de allí y que se divisaba entre los árboles, y volvió á su castillo.

Todos los días hacía don Bernardo el mismo viage, y bien se conocía que el agua misteriosa obraba sobre su cuerpo, pero el humor continuaba siendo triste, solitario, casi salvaje.

Gastó así las tres novenas. Durante los últimos días de la tercera recobró completamente la salud. Ya había anunciado su próxima partida al ejército, cuando el día veinte y siete, hallándose arrodillado al pie de la cruz recitando su última *Ave-Maria*, vió adelantarse una comitiva que no dejó de interesar á un hombre que tan frecuentemente al decir adiós al manantial echaba la vista al convento de la Inmaculada Concepción.

Era una comitiva compuesta de religiosas acompañando una litera descubierta llevada por labradores.

Sobre aquella litera se hallaba una religiosa que parecían llevar en triunfo á la fuente.

Las religiosas que acompañaban la litera, y la que se hallaba recostada dentro, estaban escrupulosamente cubiertas de un velo.

En lugar de bajar como era costumbre, despues de beber en la fuente, don Bernardo aguardó, curioso sin duda de ver lo que iba á pasar.

Su curiosidad era tan grande, que olvidó decir su última *Ave-Maria*.

La comitiva se paró delante del manantial. La religiosa acostada en la litera bajó de ella, se quitó el calzado, y con un paso vacilante al principio que se fué afirmando poco á poco, comenzó su ascension. Llegada al pie de la cruz que don Bernardo echándose hácia atrás había dejado libre, se arrodilló la religiosa, hizo su oración, se volvió á levantar, y bajó para reunirse á sus compañeras.

Era una ilusión, pero le pareció á don Bernardo que en el momento de arrodillarse y en el de levantarse la religiosa, al través de su velo había un instante detenido sus ojos en él.

Por su parte, al aproximarse la santa doncella había sentido don Bernardo una extraña emoción; una cosa así como un vértigo había pasado por delante de sus ojos y se había apoyado en un árbol como si mal segura la roca sobre su base hubiera temblado bajo sus pies.

Pero á medida que la religiosa se había alejado de don Bernardo, había recobrado éste su fuerza; entonces para seguirle mas largo tiempo con los ojos, se había inclinado sobre la orilla de la roca que caía á plomo sobre el manantial. La religiosa había bajado, se había aproximado á la fuente, y haciéndose visible para la sola agua santa había separado su velo y bebido segun costumbre en el mismo caño.

Pero entonces había sucedido una cosa en la que ninguno hubiera pensado, y que por consiguiente ninguno hubiera podido prever: el límpido cristal de la fuente se cambió en espejo, y desde el sitio en que se hallaba colocado don Bernardo de Zúñiga vió la imagen de la religiosa tan clara y distintamente cual si se hubiese reflejado por un espejo.

Era esta á pesar de su salud delicada, tal prodigio de hermosura, que don Bernardo de Zúñiga arrojó un grito de sorpresa y de admiración que resonó bastante alto para hacer estremecer á la santa enferma, que despues de haber mojado apenas sus labios en el agua se puso su velo y volvió á subir á la litera no sin volver por última vez la cabeza hácia el lado del imprudente caballero.

Don Bernardo de Zúñiga bajó rápidamente los escalones de la roca, y dirigiéndose á uno de los espectadores de aquella escena:

—¿Sabes tú, le preguntó, quién es esa muger que acaba de beber en la fuente, y que la transportan al convento de la Inmaculada Concepción?

—Si, respondió el hombre á quien preguntó; es una religiosa que acaba de salir de una enfermedad que todos creían mortal, porque de hecho ha estado muerta, á lo que parece por mas de una hora, pero que por virtud de la santa agua ha sido curada: tanto que hoy hace su primera salida para cumplir su voto de venir á beber ella misma al manantial el agua que antes venían á buscar para ella.

—¿Y, preguntó don Bernardo, con una emoción que indicaba la importancia que ponía en

aquella pregunta, sabes tú el nombre de esa religiosa?

—Si, sin duda, señor: se llama Ana de Niebla, y es la sobrina de Pedro de Zúñiga, conde de Bañares, marqués de Ayamonte, cuyo hijo ha vuelto hace un mes del ejército, y traído la buena noticia de la toma de Granada.

—Ana de Niebla, murmuró don Bernardo. ¡Ah, señor! bien la había reconocido, pero jamás hubiese creído que debiera ser tan hermosa.

II.

EL ROSARIO DE ANA DE NIEBLA.

Don Bernardo había, pues, vuelto á ver aquella jóven que había dejado niña en el castillo de Bejar, y de quien segun todas las apariencias el recuerdo le había seguido durante sus diez años de ausencia.

Durante aquellos diez años de sueños solitarios, en que el pensamiento de don Bernardo había seguido el recuerdo de Ana de Niebla en la primera primavera de la vida, la jóven se había hecho una muger: había llegado á la edad de veinte años, mientras que don Bernardo llegaba á la edad de treinta y cinco: había vestido la túnica de religiosa, mientras que él se había cubierto con el manto de caballero de Alcántara. Ella era la prometida esposa del Señor; él era el caballero de Cristo.

A los dos jóvenes educados en la misma casa, despues de haber salido de ella les estaba prohibida toda comunicacion de palabra, todo cambio de miradas.

Ved aqui sin duda porque la vista de su prima en el extraño espejo en donde había perseguido sus facciones, había despertado tan viva emocion en el corazon de don Bernardo de Zúñiga.

Volvió al castillo, pero mas pensativo, mas sombrío, mas taciturno todavía que de costumbre, y así inmediatamente fué á encerrarse en la estancia donde había visto aquel retrato de Ana de Niebla niña. Sin duda trataba de encontrar sobre el lienzo las facciones movibles que acababa de ver temblar en la fuente, seguir su desarrollo juvenil durante los diez años que acababan de pasar, verla desarrollarse al soplo de la vida, como se desarrolla y abre una flor á los rayos del sol.

El que despues de diez años en los campos de batalla, en las sorpresas de los campamentos, en los asaltos de las ciudades, luchaba contra los enemigos mortales de su patria y de su religion, no trató de resistir como hombre á aquel enemigo mas terrible que acababa de atacarle cuerpo á cuerpo y que desde el primer golpe le había hecho inclinarse y ceder.

Don Bernardo de Zúñiga, el caballero de Alcántara, amaba á Ana de Niebla, la religiosa, que se ha educado con él. Era preciso huir, huir sin perder momento; volver á aquellos combates reales, á aquellas heridas físicas que no llegan mas que al cuerpo. Don Bernardo no tuvo este valor.

Desde el día siguiente, aunque había rezado su novena menos una Ave-Maria, volvió á la fuente no orando ya: habíase apoderado el amor del corazon, y no había dejado lugar á la oracion. Continuamente sentado en lo mas alto de la roca con los ojos clavados en el convento, aguardaba una nueva comitiva semejante á la que había visto y que no venia. Así aguardó tres días sin descanso, sin sueño, rondando alrededor del convento, cuyas puertas permanecían implacablemente cerradas. Al cuarto día, que era un domingo, las puertas de la iglesia estaban abiertas y cada cual podía penetrar en ella.

Unicamente, encerradas en el coro, las religiosas cantaban detrás de una reja y de una gran cortina: se las oía sin verlas.

Llegó aquel día tan deseado al fin. Desgraciadamente don Bernardo era guiado allí únicamente por un sentimiento profano: no le llevaba allí el deseo de aproximarse á Dios, sino que pensaba en aproximarse á Ana de Niebla.

Allí se hallaba aguardando la hora en que las puertas del convento se abrieran.

A las dos de la madrugada había ido el mismo á la cuadra, había ensillado su caballo y había salido sin ser advertido de nadie. Desde las dos á las ocho había andado errante por los al-

rededores é inmediaciones de la fuente; no con la frente envuelta en una gran capa para liberarse de la brisa de las montañas, sino con la frente descubierta que presentaba á los vientos de la noche para apagar el ardiente volcan que parecía devorarle el cerebro.

Una vez dentro de la iglesia don Bernardo fué aproximándose lo mas cerca posible al coro, y allí permaneció aguardando de rodillas y con la frente pegada al mármol.

Comenzó el oficio divino.

Don Bernardo no tuvo un pensamiento para el Salvador del mundo durante el sacrificio que se celebraba: toda su alma hallábase abierta, cual un vaso, para recibir el encanto que le causaba el recuerdo de Ana de Niebla.

Cada vez que en medio de aquel concierto subía una voz mas armoniosa, mas pura, mas vibrante que las demas que oía, en aquel instante don Bernardo se estremecía y levantaba maquinalmente sus manos al cielo.

Hubiérase dicho que trataba de unirse á ella en aquella armonía para subir al cielo.

Despues, cuando se extinguía el sonido de aquella voz cubierto por el de las demas voces, ó concluido su propio éxtasis, volvía á caer con un suspiro cual sino hubiese vivido con aquella armoniosa vibracion y no pudiese vivir sin ella.

Se terminó la misa en medio de emociones hasta entonces desconocidas. Los cánticos cesaron: los últimos sonidos del órgano se perdieron en el espacio. Los asistentes salieron de la iglesia y los oficiantes entraron en la sacristía del convento.

El monumento no fué ya sino un cadáver mudo é inmovil: la oracion, cuya alma era, había vuelto á subir al cielo.

Don Bernardo de Zúñiga permaneció solo; entonces pudo mirar en derredor de sí. Sobre su cabeza se hallaba colgado un cuadro representando la salutacion angélica, y en un rincon se veía al donatario de rodillas con las manos juntas.

El caballero de Alcántara arrojó un grito de sorpresa.

La donataria, aquella muger representada de rodillas y con las manos juntas en el rincon del cuadro era Ana de Niebla. Salió el sacristan para apagar las velas y le preguntó.

Aquel cuadro era obra de Ana: se la veía representada de rodillas y en oracion, segun la costumbre de aquellos tiempos, que reclamaba para el donatario un lugar humilde en el sagrado lienzo.

Había llegado la hora de retirarse: á una invitacion que le hizo el sacristan, don Bernardo saludó y salió.

Una idea le había ocurrido: adquirir á cualquier precio el cuadro.

Pero todas las proposiciones que hizo al capítulo del convento fueron desechadas, respondiéndole que lo que había sido regalado no se vendía.

Don Bernardo juró que poseería aquel cuadro. Reunió todo el dinero que pudo proporcionarse, que fueron cerca de 20,000 rs., mucho mas de lo que valía el cuadro, y resolvió en el primer domingo, como lo había hecho, ocultarse en un rincon, y por la noche descolgar el lienzo, dejando los 20 000 rs. sobre el altar donde se hallaba colocado el cuadro.

En cuanto á salir de la iglesia había notado que las ventanas tenían la elevacion á lo mas de doce pies y que daban al cementerio: pondría los bancos unos sobre otros y saldría fácilmente de la iglesia por una ventana.

Despues que lograra salir del convento con su tesoro, le haría poner en un magnífico marco, y colocado en frente del retrato de Ana de Niebla pasaría su vida en aquel cuarto que encerraba toda su existencia.

Los días y las noches pasaron aguardando la llegada del domingo que al fin llegó.

(Se continuará.)

MISCELANEA.

CUADRO CRONOLÓGICO relativo á los principales sucesos políticos y militares del año de 1855.

El año de 1855 formará en la historia del

mundo una página notable. Veamos pues, en orden cronológico, una reseña que comprenda y nos ponga de manifiesto los acontecimientos mas culminantes, que en el campo político y militar han surgido durante tan señalada época, no dudando que el lector apreciará este trabajo. Héle aqui.

Primer semestre.—Enero 5. Negóse la Prusia á la invitacion del Austria encaminada á que movilizase su ejército pretestando que no existe peligro alguno.

7. Recibe Gortschakoff la autorizacion competente para entablar negociaciones en Viena, á favor de la paz.

10. Union de la Cerdeña á la alianza anglo-francesa.

12. Pide su dimision el ministro de Hacienda de Austria Baumgartner. Reemplázale el señor de Bruck.

14. Repite el Austria su invitacion á la Prusia para que cuanto antes movilizase su ejército haciendo ver existe peligro.

23. Apertura del parlamento inglés. Presenta Russell su dimision.

25. Propone Rock se nombre una comision investigadora del estado de cosas en la Crimea.

29. El ministerio inglés pide su dimision en vista del voto de censura de Roebuck.

30. Una nota prusiana, en la que insiste en su opinion manifestada hasta entonces.

Febrero, 7. Forma Palmerston el nuevo ministerio inglés.

8. La dicta de la Confederacion germánica se decide por el armamento en pie de guerra.

10. Un manifiesto ruso llama á las armas á toda la milicia del imperio, declarando á la vez que esta medida extraordinaria no envuelve ninguna amenaza.

16. Un despacho circular austriaco indica que la Confederacion germánica se hallaba sobre el terreno de la alianza del 20 de abril.

17. Ataque frustrado de los rusos contra Eupatoria.

Marzo, 2. Fallecimiento del emperador Nicolás.

4. Reemplaza Gortschakoff á Mentschikoff en el mando superior del ejército ruso en Crimea.

15. Abrense las conferencias de Viena.

18. Transaccion de las diferencias entre el Austria y la Suiza.

Abril, 9. Comienza de nuevo el bombardeo de Sebastopol.

16. El emperador Napoleon en Londres.

20. Negocia Inglaterra un empréstito de diez y seis millones de libras esterlinas.

21. Mal éxito de las conferencias de paz en Viena: abandona el 23 lord John Russell aquella capital.

28. Nota circular del gabinete ruso relativa á las conferencias de Viena.

Mayo, 4. Toma de varios puntos fortificados delante de Sebastopol por los aliados.

6. Nombramiento del conde de Walewski de ministro de Negocios estrangeros en reemplazo de Drouyn de l'Huys.

9. Llegada de las tropas piamontesas á la Crimea.

22. Toman los aliados por asalto varios puntos fortificados al frente de Sebastopol. Nombramiento de Pelissier como general en jefe del ejército francés en Crimea.

24. Las escuadras combinadas en el mar de Azoff.

25. Toma de Kartsch y Jenikalé.

Junio, 3. Bombardeo de Taganrog.

4. Clausura definitiva de las conferencias de Viena.

5. Evacuacion de Anapa por los rusos.

6. Asalto y toma del Mamelon, etc., delante de Sebastopol.

18. Malogro del grande asalto de Sebastopol.

24. Reduccion del ejército austriaco.

28. Muere lord Raglan.

Segundo semestre.—Julio, 2. Discurso del trono en sentido de guerra pronunciado por el emperador Napoleon.—Empréstito de setecientos cincuenta millones de francos.—Leva de 440,000 hombres.

7. Viage del príncipe real de Prusia á San Petersburgo.

9. Nuevo bombardeo de Sebastopol.

19. Desaprobacion del voto de censura de

Roebuck contra todos los individuos del anterior gabinete.

49. Nuevas proposiciones dirigidas por el Austria á la Confederación germánica.

16. La Dieta germánica resuelve en su consecuencia continúe el armamento en pie de guerra, sin sujetarse empero á nuevos compromisos.

Agosto, 9. Bombardeo de Sweaborg y ataque empeñado.

44. Suspension del parlamento inglés.

46. Batalla á orillas del Tschernay perdida por los rusos.

46. La reina Victoria en París.

Setiembre, 8. La toma de la torre de Malakoff y evacuación consiguiente de Sebastopol Sur por los rusos en la noche inmediata.

9. Total aniquilamiento de la flota rusa en la bahía de Sebastopol echando á pique los buques ó incendiándolos.

29. Derrota de la caballería rusa en los campos de Eupatoria.

29. Grande asalto de Kars, pero de funesto recuerdo para los rusos por su mal éxito.

Octubre. Complicanse cada vez mas las disidencias entre Inglaterra y los Estados-Unidos del Norte-América, surgidas por la cuestión de los reclutamientos.

45. Nueva quinta en Rusia; la octava en el discurso de dos años.

47. Kinburn conquistado por las flotas aliadas.

22. Reconocimientos practicados en la embocadura del Dnieper y del Bug.

Noviembre, 4. Creación del banco de crédito en Austria con un capital de cien millones de florines.

6. El general Canrobert en Estocolmo.

6. Los turcos consiguen el paso de Ingur. Destrucción de grandes depósitos de granos en Yeisk pertenecientes al ejército ruso.

7. El emperador Alejandro en Nicolayeff, desde donde pasó á la Crimea.

43. Publicase el concordato celebrado entre el sumo pontífice y el gobierno austriaco.

46. Una gran parte de la escuadra combinada abandona el mar Negro, para invernar en Beikos, etc.

20. Viage del rey de Cerdeña á París y Londres.

23. Empréstito ruso de cincuenta millones de rublos de plata á un 5 por 100, negociado con la casa de Hope.

28. Proyecto de un nuevo empréstito en Inglaterra de veinte y cinco millones de libras esterlinas.

Diciembre. Nuevos rumores de paz.

42. Noticia de que Kars habia sido obligado por el hambre á pedir capitulación.

48. El príncipe de Esterhazy va con nuevas proposiciones de paz de Viena á San Petersburgo.

20. Publica el *Moniteur* el tratado entre Suecia y las potencias occidentales.

EMIGRACION DE LAS AVES. — LAS ORUGAS, LOS ICHNEUMONES. Las aves, como todo el mundo sabe, son viageras por gusto y por necesidad: así es que van á donde encuentran con facilidad el alimento, el clima que les conviene y la ausencia



cia de enemigos, al menos enemigos harto numerosos y encarnizados. Bajo estas condiciones habitan un país, y cuando no encuentran semejantes ventajas, toman el vuelo y van en busca de otros climas y mejor asistencia.

Luego que entre nosotros la primavera reanima la naturaleza; cuando las plantas empiezan



á brotar, cuando los insectos que viven de la vegetación ó de sus semejantes, salen á luz y se multiplican, vemos que una especie tras otra vuelven de lejanas regiones á aprovecharse de

la dulce temperatura y del banquete con que les brinda la Providencia, á construir sus nidos, á poner sus huevos, á criar su prole, y terminados sus deberes y sus gustos, padres é hijos se ponen en marcha para aguardar bajo un cielo meridional el fin de la estación rigorosa.

Todos no alcanzan el deseado objeto, porque los lazos que el hombre tiende les aguardan á su paso, y parte de la bandada viene á ser víctima de nuestra glotonería. En la Lombardia, desde el mes de agosto, se empiezan á preparar redes para coger las aves que van de vuelta, abandonando las montañas del Tirol y la Suiza, donde el frío comienza mas pronto, para pasar el invierno en Italia. Dichosas las bandadas cuyo vuelo se eleva á tal altura que se hallan fuera del alcance de los cazadores. En cuanto á las demas,



con dificultad logran escaparse de los lazos que se les tienden, habiendo naturalista que ha calculado que al salir de Suiza, dan en las redes de la Lombardia cien mil pájaros. ¿Cuántos otros no perecen en los países en donde la seda y la liga hacen cruda guerra!

No faltan defensores, ó mas bien abogados, de



estos pobres animalitos: se ha hecho valer su vida inocente el canto agradable con que recrean nuestro oído, el movimiento y animación que dan al paisaje: en fin, puesto que el hombre muchas veces las mata por interés, se ha sostenido que las aves son útiles al hombre, y que prestan grandes servicios á la agricultura. Se ha dicho á los labradores y á los jardineros.

Se quejan vds. de las orugas que roen y devoran las legumbres y las frutas; pues bien, los pájaros trabajan en estinguirlas, y no tienen la culpa si la tarea es algunas veces superior á sus fuerzas y no pueden arrebatrar todas las orugas. No pocas veces se les ha calumniado acusándolos



de que destruyen los frutos y hasta que se les debe la muerte de los árboles porque arrancan las cortezas. Por el contrario, perseguían sobre las frutas y bajo las cortezas de los árboles á los dañidos insectos, haciendo á vds. un servicio precisamente en el mismo momento que se les acusaba de perjudiciales.

No obstante es preciso confesar que las nuevas observaciones hechas por ciertos naturalistas han comprometido singularmente la causa de los pájaros, á los cuales quisiéramos nosotros ver triunfar. He aquí lo que dicen estos naturalistas. Algunas veces alige á la agricultura una



abundancia escesaiva de orugas, sin que haya medio eficaz de librarse de ellas: es verdad que los pájaros se comen una parte, pero esto no disminuye la plaga, y tambien hay especies de aves que impiden que disminuyan del modo si-

guiente. La naturaleza ha creado junto á todas las especies de animales dañinos, un enemigo



que se ocupa de su destrucción y se opone á que sea muy numeroso. Ahora bien, el enemigo que tiene esta misión para con las orugas es un insecto volátil que se llama ichneumon.

No es el cuadrúpedo de la cual se han esparcido tantas fábulas, teniéndosele por enemigo encarnizado del cocodrilo: lo único que hay de verdad es, que el gato de Algalia llamado ichneumon, destruye los huevos de cocodrilo, y he aquí porque los antiguos egipcios rendían culto á este pequeño cuadrúpedo.

Tal vez porque el insecto volátil de que hemos hablado mas arriba, hace igual ó parecido servicio respecto á las orugas, se le ha dado el nombre de ichneumon. Lo cierto es que las hembras de esta especie de mosca, rompen la piel de las orugas para deponer en ellas sus huevos; y los gusanos que salen de estos hue-



vos, matan primero á las orugas sobre las cuales han nacido y despues, ya convertidas en moscas, producen á su vez nuevos enemigos de las orugas. De consiguiente á los ichneumones y no á los pájaros se debe la súbita desaparición de las orugas que tanta admiración y alegría causa á los



agricultores. Las aves al contrario, hacen la guerra á los ichneumones, y de este modo contribuyen á la propagación de las orugas, causando perjuicios á los labradores y á los jardineros en vez de servirles.

Tal es el estado en que se halla el pleito de los pájaros; por lo que hace á nosotros confesamos que su causa nos parece mala si se atiende á la gran utilidad que se les suponía en la agricultura; pero ¿no tienen siempre en su favor su gentileza, sus cortas visitas, y sobre todo, sus cánticos tan puros y melodiosos?

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,

calle de Sta. Teresa, núm. 8.